

cia es el sacrificio. Pero el hombre débil y degradado, mas temeroso del poder que amante de una bondad que no es mas que la justicia, se arroja naturalmente al lado del temor, que es el fundamento de las falsas religiones, como el amor lo es de la verdadera. De aquí nacen dos grandes sacrificios, el del extremo temor, que se manifiesta por la inmolation del hombre, y del amor extremo, que se manifiesta por la inmolation de Dios. Es esta una observacion digna á la verdad de ser meditada profundamente: toda religion verdadera, así como toda sociedad verdadera, se apoya y descansa en el desprendimiento ú sacrificio voluntario del Ser poderoso al ser débil. ¿Lo diré? *Tomará aquel para servir á este la forma de esclavo y, si es necesario, se hará obediente hasta la muerte, y muerte de cruz*¹.

Hemos visto ya que la verdad es la vida de nuestra inteligencia, que por tanto no puede existir sino unida á Dios verdad suprema, y que

¹ *Qui cum in formá Dei esset.... Semetipsum exinanivit, formam servi accipiens,... factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis. Epist. ad Philip. II. 6-8.*

la palabra es el vínculo, el *mediador* de esta union. Reveladas las verdades necesarias y el pensamiento mismo por la palabra, se conservan y transmiten del mismo modo por la palabra: y siendo demasiado poderosas para negociar con una razon que está al nacer, entran en el espíritu como soberanas; y ciertamente basta mirar al rededor de sí, para reconocer que el mundo moral no subsiste sino por la autoridad, medio universal de conocimiento, de sociedad y de vida. Así como Dios habló al primer padre, el padre habla al hijo, y el hijo cree en el testimonio del padre, como el padre originariamente creyó en el testimonio de Dios; y tambien aquí hay union, sociedad, porque hay conocimiento, amor de las mismas verdades, y sumision al órden que de ellas nace. Así, y siempre segun la misma ley, se forma la razon de la familia, la razon de los pueblos, la razon del género humano, cuyo testimonio viene á formar la infalible garantía de la pureza de las tradiciones primitivas que conserva, y que no puede perder sin perder al mismo tiempo la palabra, el pensamiento y la vida.

El hombre no puede subsistir como no sea obedeciendo á las leyes físicas, morales, é intelectuales, derivadas de su naturaleza : luego estas leyes, por precision, siempre deben haber sido conocidas, ¿ cómo podria descubrirlas su razon sola, siendo ellas mismas las que la forman, y siendo así, que la razon no comienza á existir, sino desde el momento, en qué comienza ella á conocerlas, luego que la palabra y el testimonio se las ha revelado? Y lo que decimos de las leyes generales, comunes á todos los hombres, se aplica á las leyes particulares, políticas y civiles. La autoridad pues es á un mismo tiempo el único fundamento de la verdad y el único medio del orden ó la felicidad. La obediencia del espíritu á la autoridad se llama *fe*, la obediencia de la voluntad *virtud* : toda sociedad estriba en estas dos cosas. Así el género humano, como el niño y mas que el niño tiene su fe, que es toda su razon ; tiene su conciencia, ó el sentimiento, el amor de las verdades sociales que conoce por la fe ; y la fe en el testimonio del género humano es la mas elevada certeza para el hombre, así como la fe en el testimo-

nio de Dios es la certeza del género humano.

Fuera de aquí no hay mas que una duda universal, y de tal modo destructiva de la razon, que cualquiera que excluyese de su espíritu las verdades incomprensibles que sola la fe conserva en él, y que le han sido reveladas por la palabra, se veria obligado á renunciar á la palabra misma que no conoce sino por el testimonio, y de que no puede usar sino por la fe ; por consiguiente se veria tambien obligado á renunciar á todas sus ideas, á todas sus creencias ; y esto ¿ qué otra cosa es mas que la muerte completa del hombre? Porque donde no hay verdad, no hay amor, no hay accion ; por consiguiente hay muerte : he aquí porque hasta los ángeles de tinieblas, forzados á entrar de nuevo por el castigo en el orden que turbaron por su crimen, creen, porque es preciso que vivan, *credunt et contremiscunt* ¹.

Sin embargo se hallarán, yo no sé en qué baja region de la inteligencia, y como allá en los confines de la nada, algunos espíritus miserables, tristemente orgullosos de errar al acaso por estas

¹ JAC., Ep. II, 19.

soledades desoladas, y á quienes un orgullo estúpido persuadirá, que hechos para reinar sobre Dios mismo, no deben entrar sino como conquistadores en el reino de la verdad. Nosotros no creerémos, dicen, sino lo que nuestra razon comprenda: ¡ó insensatos! ni aun comprenden que el primer acto de la razon es necesariamente un acto de fe, y que ningun ser criado, si no comenzase por decir *yo creo*, podria nunca decir *yo soy*.

¿Dónde está pues la dificultad para entenderlo? Quítese la fe, todo muere; ella es el alma de la sociedad y el fondo de la vida humana. Si el labrador cultiva y confia el grano

'Tis Faith disarms Destruction....

Believe, and show the reason of a man;

Believe, and taste the pleasure of a God;

Believe, and look with triumph in the tomb.

YOUNG, *Night Thoughts*, n. iv.

* Teofilo de Antioquia dice en su apología que dirige á Autolico: « No advertís que la fe dirige y precede necesariamente á todas nuestras acciones. » (*Apol.*, lib. I, n. 8.) Los padres antiguos han insistido mucho en esta observacion muy importante en efecto. (Véase EUSEB. *Preparat. Evang.*, lib. I, c. V, p. 45 y 46. ORIG. *contr. Cels.*, lib. I, n. 9 y sig. CIRYL. *Hyerosol. catech.* V.) Clemente de Alejandria prueba en el libro II de los *Stromates*,

á la tierra, si el navegante atraviesa el océano, es porque creen; y en virtud de una creencia semejante es como participamos de los conocimientos transmitidos, y usamos de la palabra y aun de los alimentos. Decimos al niño que coma y come: ¿qué sucederia si exigiese que antes le probásemos que se moriria si no comiese? Se dice á un hombre, quereis ir á tal parte, pues seguid este camino: si se negase á creer este testimonio, antes pasaria la eternidad que él llegase á adquirir solamente la certeza racional de la existencia del lugar á donde desea ir. ¿Cómo sabemos hay entre nosotros y los demas hombres una sociedad de razon, que les comunicamos nuestros pensamientos, y ellos á nosotros los suyos, que los entendemos y nos entienden? porque los creemos y nada mas. El que no quisiera creer todo esto sino por una demostracion rigurosa, renunciaria para siempre del comercio de sus semejantes, se negaria tambien á vivir. La práctica de las artes y oficios, los métodos de enseñanza, descansan so-

que el principio de todas las ciencias no es la demostracion sino la fe. Pág. 369.

bre la misma base. La ciencia al pronto es para nosotros una especie de dogma obscuro, que despues no llegamos á concebir mas ó menos, sino porque primeramente lo hemos admitido sin comprenderlo: porque hemos tenido fe. Llegue esta á faltar un solo instante, el mundo social se verá parado de repente: no habrá ya gobierno, no habrá leyes, transacciones, comercio ni propiedades, no habrá justicia; porque todo esto no subsiste sino por la autoridad y al abrigo de la confianza que el hombre tiene en la palabra del hombre; confianza tan natural, fe tan poderosa, que nadie llegó nunca á sofocarla enteramente; y hasta aquel que se niega á creer en Dios por el testimonio del género humano, no dudará condenar á muerte á su semejante por el testimonio de dos hombres. Así, creemos y se mantiene el orden en la sociedad; creemos y nuestras facultades se desenvuelven, nuestra razon se ilustra y fortifica, nuestro mismo cuerpo se conserva; creemos y vivimos; y estando obligados forzosamente á creer si hemos de vivir un dia, ¿nos sorprenderá sea nece-

sario creer tambien para vivir eternamente?

Cuando parece mas independiente nuestro espiritu, cuando examina, juzga, raciona, obedece todavia á la ley de la autoridad; y tambien solo por la fe es activo; porque para obrar es necesario querer, y no hay voluntad sin creencia. ¿Cómo podria la razon obrar antes de existir? ¿Y qué otra cosa es la razon que la verdad conocida? ¿Qué seria una inteligencia que nada conociese? Buscad en esta noche un objeto de que pueda apoderarse la razon. No le encontraréis ni veréis mas que sombras, porque la verdad, la luz no están allí. Dios la retiene en sí mismo; y estos órganos tan perfectos, este cuerpo lleno de gracia y magestad que su mano acaba de formar con complacencia, no es todavia el hombre; pero de repente la palabra le anima. ¡Exista la inteligencia! dijo, y existió el hombre. Desde este punto, sin poder resistir, y por una necesidad invencible de ser ó existir, cree en la verdad que el testimonio le revela, y por la fe toma posesion de la existencia.

Este es el orden que el Criador estableció; nosotros no podemos alterarle; porque está

fuera de nuestro alcance. Sin embargo la verdad que recibió nuestra inteligencia no queda estéril en ella; cultivada por la reflexión se desenvuelve y fructifica; se presentan nuevas ideas, y nosotros las juzgamos verdaderas ó falsas, según la naturaleza de las relaciones que percibimos entre ellas y las verdades primitivas: juzgar no es otra cosa que comparar ideas nuevas a otras ideas que ya existían en nosotros, y las cuales no pudieron ser juzgadas ellas mismas, pues que no pudieron compararse á cosa alguna anterior. Así, para nosotros la verdad, es el conjunto de nuestras primeras ideas, y el error, todo cuanto no es compatible con ellas, y la lógica, que nos enseña á hacer con método este discernimiento, no es otra cosa que la teoría de la fe*.

Llamada la razón humana á su origen, se afirma invariablemente. La vemos, por decirlo así, extender sus fuertes raíces hasta el seno de Dios. Allí es donde encuentra la vida. Nacemos á la inteligencia por la revelación de la verdad; y

* El objeto de la lógica, á lo menos de la verdadera, es enseñarnos cuando debemos creer; así pues debemos, para ser razonables, creer muchas veces contra nuestro juicio particular.

apoyándose en el testimonio de Dios las verdades primitivas, ó sobre una autoridad infinita, tienen una infinita certeza*. Ellas constituyen nuestra razón, la que sin ellas no puede concebirse; y reveladas en su origen por la palabra, se transmiten del mismo modo que esta; luego en la sociedad y solamente en la sociedad*, por-

* Se han obscurecido de tal modo en este siglo filosófico las ideas más claras, que es necesario responder aquí á una cuestión que hemos oído proponer algunas veces. ¿Podía Dios engañar al hombre ó revelarle errores? Hay contradicción hasta en los mismos términos; porque no se revela más que lo que es, y el error no es, ó no existe, no tiene ser. Representémonos el alma humana como una capacidad vacía: preguntar si Dios podía poner en ella el error, es preguntar si podía no poner en ella cosa alguna, ó dejar la inteligencia en la nada; es preguntar si podía á un mismo tiempo crear y no crear. El error no es más que la negación de una verdad conocida, una destrucción; ¿y qué queréis destruir donde nada hay?

« De lo que antes hemos dicho se debe saber cuales son los principios naturales de la comunidad ó de la sociedad humana, porque esto es lo primero que se ve en la sociedad del género humano: forman su vínculo la *razón* y el *habla*, la cual concilia á los hombres entre sí y los reúne en una cierta sociedad natural enseñando, aprendiendo, comunicando, discutiendo, y juzgando. No por otra razón sino por esta nos distinguimos tanto de la naturaleza de los animales, en los que decimos muchas veces hay fuerza, como en los caballos, en los leones; pe-

que la verdad que es el bien comun de las inteligencias debe ser poseida por ellas en comun; no pudiendo existir ninguna inteligencia sino con el auxilio de ciertas verdades necesarias, deben hallarse estas en todas las inteligencias, y el testimonio con que se manifiestan no tiene menos certeza que el testimonio de Dios, porque en el fondo no se diferencian uno de otro.

Otro tanto sucede á nuestra razon; porque siendo activa y criada por Dios para un fin que es el conocimiento de la verdad, la razon general no puede errar ó dejar de alcanzar su fin: luego el testimonio universal es infalible.

Es patente además, que si la razon general, ó la razon humana llamada propiamente tal, pu-

« ro no justicia, equidad y bondad. porque carecen de razon y « del habla. » *Quæ naturâ principia sint communitalis et societatis humanæ, repetendum altius videtur. Est enim primum, quod cernitur in universi generis humani societate: ejus autem vinculum est, ratio et oratio, quæ docendo, discendo, communicando, disceptando, judicando, conciliat inter se homines. conjungitque naturali quædam societate. Neque ullâ re longius absumus à naturâ ferarum; in quibus inesse fortitudinem sæpè dicimus, ut in equis, in leonibus: justitiam, æquitatem, bonitatem non dicimus. Sunt enim rationis et orationis expertes. CICERO, de Officiis, lib. 1, cap. XVI, n. 50.*

diera errar en un solo punto, podría errar en todos, y en este caso no habria certeza para el hombre. El único motivo que tiene la razon humana, para admitir una cosa como verdadera, es que ella le parezca verdadera. Si este motivo fuera falaz, ya sus creencias carecerian de base alguna, y entonces se seguiria, que Dios al tiempo mismo de dar al hombre el deseo invencible de conocer la verdad, le habria negado los medios de llegar á la certeza de alguna verdad, lo que ciertamente implica contradiccion; luego la razon general es infalible. No debe decirse lo mismo de la razon individual, y se ve el porque: ella no necesita de la infalibilidad, puesto que puede recurrir para rectificar sus errores, á la razon general en cualquier caso de duda, ó equivocacion.

Así la vida intelectual, como la fisica, depende de la sociedad que todo lo ha recibido, y todo lo conserva por estos dos grandes medios, la autoridad y la fe, condiciones necesarias de la existencia. En primer lugar, sociedad con Dios, principio de la verdad, fuente eterna del ser; en segundo, sociedad de las inteligencias creadas,

que Dios ha unido entre sí, como las unió á sí mismo y por las mismas leyes. Nosotros no tenemos ni vida, ni movimiento, ni aun ser sino en él : como emanacion noble de su substancia, nuestra razon no es mas que su razon ¹, del mismo modo que nuestra palabra no es mas que su palabra. Si; alguna cosa grande somos, y yo principio ya á comprender esta sentencia : « Hagamos al hombre á nuestra imágen y seme-

¹ *In ipso enim vivimus, et movemur, et sumus.* Act. XVII. 28.

² « La razon es comun al hombre con los seres celestes y divinos, y con Dios mismo, y de aquí se dice haber sido hecho á la imágen de Dios. Por eso la razon de Dios ó su Verbo es tambien su imágen. » (ORIG. *contr. Cels.*, lib. IV, n. 83.) Oigase ahora lo que dice un filósofo pagano : « Como no hay nada mas excelente que la razon, y como ella es de Dios y del hombre, existe lo primero una sociedad de razon entre Dios y el hombre..... Habiendo sido nuestra alma producida por Dios, podemos con justo título reclamar una especie de parentesco con los seres celestiales y llamarnos *raza divina*. » Con arreglo á estas y otras varias consideraciones, saca Ciceron esta consecuencia, digna de la mayor atencion : *Luego el hombre es semejante á Dios. — Est igitur, quoniam nihil et ratione melius, eaque et in homine et in Deo, prima homini cum Deo rationis societas..... Animum esse ingeneratum á Deo : ex quo vel agnatio nobis cum celestibus, vel genus, vel stirps appellari potest..... Est igitur homini cum Deo similitudo.* De Legib., lib. I.

« janza ¹. » *Hagamos* : aquí hay deliberacion, consejo, alguna sociedad elevada y secreta, cuyo vinculo es tambien la palabra ; y me pregunto á mi mismo, ¿ qué seria pues el hombre solo, el hombre separado de sus semejantes, y separado de Dios? Yo veo su ser que en todas partes huye de él ; no hay ya para él certeza, no hay verdad, no hay pensamiento, no hay palabra ; ¡ es un fantasma mudo!... No ; no es bueno que el hombre esté solo ².

Y cuando decimos esto del hombre, entiéndase que todas las inteligencias se gobiernan por estas mismas leyes. Ningun ser limitado tiene en sí la luz que ha de ilustrarle, y el mas excelso de los espíritus celestiales, no existiendo sino porque cree, no es menos pasivo que el hombre recibiendo las primeras verdades, y para él como para nosotros, la certeza no es mas que una fe completa en una autoridad infalible.

No tengamos pues en menos nuestra sumision

¹ *Facciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram.* Gen. I, 26.

² *Non est bonum esse hominem solum.* Gen. II, 18.

á esta autoridad sublime, á la cual se rinden y humillan los mismos ángeles, y que reina todavía mas alto. El universo material la obedece sin conocerla. Habló una voz á los cielos, y los astros dóciles incesantemente repiten en todos los puntos del espacio, esta gran palabra que ellos no han entendido. La autoridad para ellos no es otra cosa que el poder; mas para los seres inteligentes que viven de la verdad y deben concurrir libremente al orden es *la razon general, manifestada por el testimonio ó por la palabra*. El primer hombre recibe las primeras verdades por el testimonio de Dios razon suprema, y se conservan entre los hombres, manifestadas perpetuamente por el testimonio universal¹, que es la expresion de la razon general. La sociedad no subsiste sino por la fe que tiene en estas verdades, transmitidas de generacion en generacion como la vida

¹ Toda creencia universal es siempre mas ó menos verdadera. es decir, puede muy bien el hombre haber cubierto, y por explicar así, *encontrado* la verdad por los errores con que la ha sobrecargado; pero estos errores son *locales* y la verdad universal se dejará ver siempre. » *Les Sarrées de Saint-Petersbourg par le comte de Maistre*, tom. I, pag. 280.

que se apagaría sin ellas, transmitidas como el pensamiento, pues que ellas son el pensamiento mismo recibido primitivamente y perpetuado por la palabra. Resistir á esta gran ley es luchar contra la existencia; es indispensable para libertarse de ella, cejar hasta la nada. Bajad pues, humillaos, criaturas soberbias que decís: nosotros no creerémos. Y nosotros guiados por la luz que detesta y rechaza vuestro orgullo, nos elevarémos hasta el seno del soberano Ser, y allí de nuevo volverémos á encontrar la ley que os humilla; porque la certeza no es con respecto á Dios mismo, sino la inteligencia infinita, la razon esencial mediante la cual el padre concibe, y engendra eternamente á su Hijo, su Verbo, *la palabra por la que un Dios eterno y perfecto se dice él á sí mismo todo lo que él es*¹; testimonio

¹ BOSSUET, *Élévations sur les Mystères*, II, Serm. Elevat. 4. Se halla cierta cosa semejante en el hombre, hecho á la imagen de Dios, y Platon lo habia advertido: « Cuanto á mí, » dice él. « el pensamiento es el discurso, que se hace el entendimiento á sí mismo »: — Τὸ δὲ διανοεῖσθαι, ἄρ' ἔπερ ἐγὼ καλεῖς;... λόγον δὲ αὐτῇ πρὸς αὐτὴν ἡ ψυχὴ διεξέρχεται. (PLAT. in *Theat. Op.*, tom. II, p. 150, 151.) Orígenes, ilustrado por una doctrina mas elevada, vió toda la verdad de la que no se halla en Platon

siempre subsistente, que es *este pensamiento mismo y esta palabra interior, concebida en el espíritu de Dios, quien le comprende todo entero, y abraza en sí misma toda la verdad, que está en él*; y la Religión que nos une á Dios haciéndonos partícipes de su verdad y de su amor, no es tampoco, en sus dogmas, mas que este testimonio traducido en nuestra lengua por el Verbo mismo, ó la manifestacion sensible de la razon

mas que el gérmen. « Celso, » dice. « hace al Dios incomprendible para el Verbo mismo. Se debe distinguir: porque si habla del *« verbo que está en nosotros, ó que nosotros pronunciamos acerca de nuestros conocimientos ó discursos; es muy cierto que Dios es incomprendible al verbo, tomado en este sentido. Pero si se trata del Verbo que estaba en Dios, y que era Dios, no puede sostenerse lo que Celso dice. El Verbo divino no solo comprende á Dios, sino que tambien le da á conocer de aque- Hos á quienes manifiesta el Padre. »* ORIGEN. *contr. Cels.*, lib. VII. n. 65.

BOSSUET, *Sixième Avertissement aux Protestans.* n. XXXI.
 « Ah! ¿Quién podría salvar al hombre y conducirlo al Dios soberano, mas que el Verbo-Dios? Desde el principio en Dios, se hizo carne en el tiempo á favor de los que no podian verle como Verbo-Dios. Habiendo venido á ser hombre, y tomado una voz corpórea, llama para sí á los que son carne, para hacerlos, lo primero conformes al Verbo, que se ha hecho carne; y lo segundo para elevarlos hasta la contemplacion del Verbo, antes que se hiciera carne: de modo que habiendo venido ellos á ser

universal, en lo que tiene de mas elevado, de mas inaccesible para nuestra propia razon abandonada á sus solas fuerzas; de modo que, si meditamos en esto con atencion, comprenderémos que Dios con su omnipotencia, no podia darnos una certeza mas elevada de las verdades que su hijo vino á revelarnos, pues que encierra su testimonio en sí toda la certeza divina.

Mas el orden que debemos seguir en las ideas, no nos permite ahora detener nuestras miradas sobre estas magnificas armonías que arrebatan de júbilo la inteligencia. Antes de admirar por qué medios la Religión se ha establecido y se conserva, debemos probar que existe necesariamente una verdadera. Será esto fácil ahora que, habiendo colocado ya la razon humana sobre su

« perfectos dicen: *Aunque hayamos conocido al Cristo, segun la carne, ahora ya no le conocemos* (II. Cor., V, 16). Hecho ya carne, habitó entre nosotros. Transformóse una vez en el Tabor, donde no solamente se apareció en todo su esplendor, sino que hizo ver allí la ley espiritual y las profecías representadas por las personas de Moises y Elías. Entouces se ha podido decir: *Hemos visto su gloria, la gloria del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad* (JOANN. 1.). ORIGEN. *contr. Cels.*, lib. VII, n. 68.

base, sabemos como se puede reconocer con certeza la verdad. No se la pediremos al espíritu del hombre sino á la razon de la sociedad. Consultaremos las creencias, las tradiciones del género humano, examinaremos sus decisiones; y si se presentare alguno que contradiga, abriendo á su vista dos caminos, por uno de los cuales es necesario absolutamente marchar, á saber, la senda solitaria y tenebrosa del juicio individual que viene á parar en la nada, y la senda social de la autoridad que conduce á la vida ó á Dios mismo, solo responderemos: Escoged.

CAPITULO IV *.

HAY UNA RELIGION VERDADERA. NO HAY MAS QUE UNA SOLA, Y
ES ABSOLUTAMENTE NECESARIA A LA SALUD.

Por espacio de sesenta años no se ha cesado de defender la causa de la desesperacion y de la muerte: yo emprendo defender la de la esperanza. Un no sé qué me obliga á levantar la voz,

* Véase la *Defensa*, cap. XII.